



S/Inf.377
28 abril 1987

SECRETARIA
CONFERENCIA GENERAL
Décimo Período Ordinario de Sesiones
Montevideo, Uruguay, 27-30 de abril de 1987

PALABRAS DEL EXCMO. SR. DR. JOSE R. MARTINEZ COBO,
EX-SECRETARIO GENERAL DEL OPANAL, EN EL ACTO CONMEMORATIVO
DEL VIGESIMO ANIVERSARIO DE LA APERTURA A LA FIRMA DEL
TRATADO DE TLATELOLCO

Señor Presidente,
Señor Secretario General,
Señor Embajador Alfonso García Robles y
Señores Invitados Especiales,
Señores Delegados:

Celebrar una importante fecha aniversaria en la preciosa ciudad de Montevideo, es un privilegio singular para el OPANAL. Uruguay es un país fraterno que honra y enaltece de verdad a nuestra estirpe; tierra generosa de hombres cultos y libres, patria chica en la que José Enrique Rodó ennobleció como nadie la lengua castellana, en la que años más tarde Juana de Ibarburu expresó la angustia de ser inteligente.

Tuve la suerte de vivir aquí, acreditado como Embajador de mi país, y recuerdo los años felices en que mis ojos se deleitaban en el paisaje siempre verde y en el horizonte sin límites de la República Oriental del Uruguay que ha sido siempre un gran animador del Tratado de Tlatelolco. Eminentes juristas uruguayos intervinieron activamente en el largo proceso de negociación del

instrumento convencional. Un prominente internacionalista, el Embajador Gros Espiell, colocó las bases firmes para que funcionara un Organismo eficaz y prestigiado y hoy mismo, al tener la Conferencia General como timonel a uno de los grandes artífices de la integración regional, y excepcional rector de la diplomacia y de la dignidad, al Cr. Enrique Iglesias, confirma una vez más el respaldo brindado a nuestro Organismo por el Gobierno y el pueblo uruguayo.

América Latina, en su conjunto, dio una de las contribuciones más efectivas y valiosas a la filosofía política de la paz y al Derecho Internacional en el campo del desarme, con el establecimiento de la primera y hasta hace poco la única Zona militarmente desnuclearizada en una importante región habitada del Globo Terráqueo. Tlatelolco no es solamente una vinculación impuesta por la espontánea necesidad de la supervivencia, sino que es el cabal reflejo de la conciencia pacifista que caracteriza al hombre americano.

En efecto, el Tratado de Tlatelolco puede considerarse como el primer Convenio estrictamente latinoamericano de la historia y es sin duda uno de los que mejor recogen los ideales de los fundadores de nuestras nacionalidades.

Por lo demás, no puede dudarse de la importancia cada vez mayor del Sistema de Tlatelolco y de su significado y proyección en el ámbito universal, así lo ha reconocido en múltiples resoluciones la Asamblea General de las Naciones Unidas al señalarlo como un ejemplo a seguirse en diferentes regiones del Mundo.

La América que se extiende desde el Río Grande hasta la Patagonia, a pesar de su fraccionamiento en múltiples Estados celosos de su soberanía con características y particularidades propias, es sin duda la región más homogénea y con mayores

identidades de cuantas existen en el Mundo; sin embargo de los conflictos territoriales que desgraciadamente aún subsisten, y de los distanciamientos que inevitablemente se producen cuando jugamos futbol, nos sentimos fraternalmente solidarios con los países con los que compartimos vecindad geográfica e identidad de ideales y de destino. Este hecho facilitó indudablemente el establecimiento de nuestra Zona.

Los propósitos de quienes concibieron el Tratado fueron tanto regionales como universales: por una parte se creó la Zona para fortalecer la paz y la seguridad en el Continente tratando de evitar la posibilidad de una demencial carrera armamentista nuclear y procurando así, contribuir al desarrollo económico y social de los pueblos latinoamericanos al impedir la desviación de incalculables recursos que resultaría de almacenar o fabricar material bélico nuclear, recursos que bien pueden dedicarse al progreso natural, cultural y económico que tanto necesita nuestra gente.

Pero es indudable también, que Tlatelolco constituye una contribución esencial al Derecho Internacional en el campo del desarme, ya que es un aporte de especial relevancia a la seguridad internacional siguiendo uno de los caminos más idóneos y eficaces para alcanzar el objetivo fundamental y de mayor urgencia de la Comunidad de Naciones, el del desarme general y completo.

El escepticismo que muchos abrigaron sobre el porvenir del Tratado y sus Protocolos Adicionales, por la diversidad de sistemas y regímenes políticos que tienen los países latinoamericanos ha resultado, después de veinte años de que fue abierto a la firma, totalmente infundado. Se aplica ya a veintitrés países, cubre una enorme extensión territorial y garantiza de alguna forma la supervivencia de la mayoría de la población de la región librándola de los terroríficos peligros del holocausto nuclear.

- - -

Aunque no se puede hablar de un éxito y tener una actitud triunfalista hasta que el Tratado no esté en vigor para todos los Estados de la región, en función de todo lo positivo que significa como singular aporte a la paz y a la seguridad internacionales, los pueblos latinoamericanos pueden sentirse orgullosos de haber sido los pioneros en el esfuerzo para sustraer al Mundo de la catástrofe nuclear, al conseguir que en un plazo prudencial se complete la desnuclearización militar de la región aplicando el Tratado a todos sus territorios. Este ha sido el objetivo fundamental de los cuatro Secretarios Generales que hemos dirigido hasta hoy el Organismo, objetivo difícil por diversas circunstancias, pero no imposible. Desde luego se requiere de un esfuerzo conjunto de todos los Estados Miembros, a fin de lograr cuanto antes el avance final y definitivo del proceso de Tlatelolco.

La actitud altamente positiva que han adoptado los Gobiernos de los países no Miembros ubicados en la Zona de aplicación del Tratado, permite avizorar el pronto cumplimiento de la meta final. La presencia en esta Conferencia de las valiosas Delegaciones de Argentina, Brasil y Chile, es un reflejo de esta alentadora posición. Así como América Latina fue capaz de establecer la primera Zona libre de armas nucleares, debe tener también la capacidad para incorporar cuanto antes los inmensos beneficios de la ciencia nuclear al proceso del desarrollo económico y social de sus habitantes, cualquier retraso en este campo sería muy perjudicial.

El aprovechamiento de la energía nuclear para fines pacíficos que Tlatelolco afirma y consagra, no es del todo satisfactorio en la región, se se compara con el que se ha alcanzado en otras partes del Mundo. El OPANAL no puede intervenir directamente en este campo, ya que se requeriría una transformación

radical del Organismo, pero sí puede promover, y lo está haciendo, la cooperación internacional de apoyo de los programas elaborados por los Estados Miembros.

El Tratado de Tlatelolco fue concebido como un aporte parcial dentro de la estrategia global en materia de desarme como se desprende de su Preámbulo. Es más, algunos países como Colombia y México han sostenido, con razón, la necesidad de vincular el Tratado con el régimen de la limitación de armas convencionales.

Todo indica que en los últimos años se ha acelerado la carrera armamentista en América Latina, quizá no se dan actualmente las condiciones políticas para que el OPANAL pueda emprender una gran campaña de desarme a nivel regional, pero es una actividad que debe quedar latente dentro de los programas futuros del Organismo.

Bien vale la pena que pensemos en esta ceremonia conmemorativa —como lo hizo usted ayer, señor Presidente, en su magistral discurso— en que todos los pueblos que habitan en el Planeta dependen de la política, muy frágil, de las superpotencias, basada en la disuación por el terror, sustentada en el supuesto de que el enorme volumen de armas nucleares cada vez más mortíferas y poderosas pueden ser elementos de paz y estabilidad en las relaciones internacionales, esto representa más de una contradicción profunda, un peligro extremo, ya que este equilibrio puede fallar si una de las Partes cree haber alcanzado la capacidad de golpear y absorber los daños de una respuesta.

Meditemos también en el aumento constante de los países que acceden a la tecnología nuclear para fines bélicos. De año en año más Estados se sitúan en el umbral de la carrera armamentista nuclear y van adquiriendo capacidad técnica para fabricar

artefactos atómicos, un gobernante irresponsable de cualquiera de ellos puede desatar la catástrofe. Es obvio que el problema de la proliferación no es técnico sino político. Para que tengan éxito los esfuerzos de detener el armamentismo nuclear, es fundamental que los Gobiernos lleguen al convencimiento de que la no fabricación de artefactos de este tipo redundará en interés de su propia seguridad. En los escasos años transcurridos en que la tecnología que produce la desintegración del átomo se puso al servicio de la destrucción y la muerte, los avances han sido espectaculares, pensemos en estos proyectiles de cinco o más cabezas nucleares que pueden aniquilar simultáneamente igual número de grandes ciudades; en esa terrible bomba de neutrones que terminaría con la vida humana dejando intactos los bienes materiales, como si la vida del hombre fuera lo menos importante.

En las renovadas posibilidades de una guerra nuclear en y desde el espacio ultraterrestre recordamos, señor Presidente, el Vigésimo Aniversario del Tratado, en momentos en que la Humanidad vive a la sombra de una amenaza única en la historia, el peligro de la extinción de la especie. Impedir la catástrofe de una guerra nuclear es el más grande desafío que el hombre ha tenido que afrontar y como lo ha advertido en innumerables foros el Embajador García Robles, que hoy enaltece con su presencia esta Reunión, no hay tiempo que perder, o se eliminan las armas nucleares o éstas terminan con la civilización que conocemos. Todos los problemas que preocupan al inquieto hombre moderno pierden su urgencia y relevancia comparados con los inenarrables peligros de un conflicto nuclear.

Desde luego que para evitar el desastre y cumplir con la filosofía que inspiró hace dos décadas a quienes concibieron el Tratado de Tlatelolco, es necesario trabajar todos los días en

el desarme de las conciencias de modo que los pueblos y sus gobernantes retomen un camino de cordura que evite que estos tiempos en que vivimos colocados al filo de la angustia, sean el prólogo de una guerra que quizá no sería la tercera guerra mundial del siglo veinte, sino el último, final, y apocalíptico cataclismo.

Muchas gracias.